

ha trasladado su sangre à colocarse sobre las flores de Lis, y al lado del Augusto Monarca, que actualmente gobierna el Reyno, para partírlle con él. Uno y otro se miran nacidos para reynar: *Vidit*. Gonzaga contaba entre sus pasados generalmente todos los Principes que habian gobernado el Mantuano y Monferrato, y podian entrar en el numero de sus alianzas casi todas las Coronas de Europa. Estanislao no hallaba en toda Polonia casi Titulo ni Casa alguna, que no hubiese sacado sus blasones de la suya; y contaba en sola su familia mas Senadores, que su nacion Reyes entre todos sus Soberanos. Ni uno ni otro ignoraban su Grandeza: *Dimeneravit*; pero compararon para su felicidad todas estas grandezas humanas con esta eternidad de gloria, que les guardaba Dios en el Cielo: midieron la duracion de uno y otro: *Dimensus est*; y al comprehender, que todas estas ventajas temporales ni eran durables, ni sólidas. gritaron con Salomón: Toda esta pretendida grandeza es vanidad solamente: *Hoc quoque vanitas.*

Moysés hizo un generoso sacrificio de sí mismo, renunciando la esperanza de reynar en Egipto, que podia fundar en haber sido adoptado en su misma cuna por la hija del Rey como à hijo proprio, y en mirarle el mismo Faraon como sucesor suyo en la Corona, probandole un dia, para asegurarle en esta herencia, su misma Diadema en la cabeza; pero Moysés la arro-

roja al suelo con valor, para hollarla entre sus pies. Yo no conozco, le dice al Rey, honor alguno que me detenga, desde el punto en que conocí que me llama su voluntad à otra parte. Deja su esperanza, huye el Palacio y se ausenta de la Corte de Faraon, para atravesar desiertos y adquirir la tierra de Promision à precio de mil combates. Este, pues, fue el camino mismo que tomaron Estanislao y Gonzaga: No queremos, dicen, autoridad en el mundo, y renunciamos toda su pompa y su gloria, por seguir el llamamiento y atractivo de la gracia; y à la verdad, yo no sé que sea posible añadirle à semejante sacrificio cosa alguna.

Con todo eso, lo que tenemos mas que admirar, es la grandeza de corazon con que le ofrecen. Si alguna vez se explican acerca de lo que desprecian, solo dicen, que es una nada lo que dejan: con tanto desprecio lo miran. Mucho gusto habreis dado à vuestro hermano, le decian un dia à Gonzaga, dejandole tantos bienes y tan ricas esperanzas. ¡Ay! respondió el Santo, yo se las dejo con mucho mas gusto que puede él tener quando recoja los frutos. Nada hay, decia Estanislao, grande en el mundo, sino lo que nos lleva à Dios; ni conozco mas nobleza, que la que nos dá su gracia. ¿Qué espectáculo, ver à este Joven vestido de un saco, ceñido con una cuerda, un palo en la mano, y los pies descalzos, atravesar toda Alemania, transformadose de esta suerte, para servir de criado,

do, sin que le conozcan en un numeroso Colegio de pensionarios! ¡Quién pudiera ver, sin enternecerse hasta derramar lagrimas, reducido todo el esplendor de Gonzaga por la causa de Dios, en la persona de Luis, à llevar en Roma sobre sus espaldas los pesos mas viles, y las cargas mas pesadas! ¡Qué vista tan afrentosa para la vanidad mundana! Pero al mismo tiempo, ¡qué gloria para la Religion, ver à estos dos nobilísimos mancebos pidiendo de puerta en puerta el pan para los enfermos, ò sentados muchas veces en el puro suelo públicamente, y comiendo en las calles y en la tierra desnuda con los pobres! ¡Gran Dios, no se pueden llamar corazones grandes aquellos à quienes parece grande alguna cosa que no seais vos!

A la verdad, oyentes míos, es digno de pasmo, ver que los mayores exemplos no nos desengañen de las falsas honras del mundo. ¿Quánto cuesta el adquirirlas? Bien lo sabeis. Para adelantarse en el mundo es necesario que vaquen los empleos, que hablen los servicios, que los amigos poderosos protejan, y que el merito y el favor concurren. Es menester esperar el tiempo oportuno, y no dejarle pasar; la ocasion, y no perderla; diligencias, y no publicarlas; razones para esperar, y estar todavia desconfiados. Es menester, que ni el arte, ni la trama se mezclen y opongan; que la embidia y los zelos no se atraviesen; que la calumnia y la traycion no se intervengan; que el deseo, ansia y

pre-

prevencion agena no se antenponan. ¿Y quién podrá prometerse vencer tantas barreras, y romper tantas murallas? Pero dado que vengais à triunfar de todos estos abtáculos, ¿ignorais por ventura, que es lo mismo lograr el cargo, que ser del público; y que desde que uno es por su ocupacion de otro, ya no es suyo? En cierto modo, quando nos elevamos à algun puesto, venimos à ser esclavos de aquellos mismos que nos son inferiores y están sumisos; es preciso aguantar sus importunidades, y no hacer caso de su censura. Apenas nos permite el público el reposo necesario, y me atrevo à decir, que nos cuentan los instantes que tardamos en tomar nuestro sustento; y que estienden sus decretos y su critica aun hasta la diversion mas justa y mas racional; despues de todo esto, desde los honores de la vida à la ignominia del sepulcro, hay muy poco trecho. El tiempo corre ligero, y el termino no está lejos. Aquella larga série de años que nos prometemos, aquel dilatado tiempo que nos figuramos entre la vida y la muerte, se viene à reducir muchas veces à solo un dia ò à una sola noche. ¿A cuántos vemos cercados por la mañana de gloria, y por la noche sepultados en su ruina? Oy Grandes, mañana nada, y pasado mañana en el olvido. Veis aqui la suerte que nos es comun à todos: y veis aqui lo que induce en nuestros dos Santos un valor heroyco para desprenderse de su grandeza, y alejarse de sí mismos.

Tom. IV.

L

Por

Por grande que sea este sacrificio que hacen de sí los dos Santos huyendo de su grandeza, todavía no es el mayor: todavía les restaba el huir de sus pasiones y desasirse absolutamente de ellas; y si cuesta mucho, dice San Gregorio, separarse uno de lo que posee, cuesta infinitamente mas separarse de lo que es. ¿Pero qué no hace un corazon animoso quando se entrega à las impresiones de la gracia? Nuestros dos Santos cobraron tal dominio sobre sí mismos, que parecia no tener yá pasiones con que combatir, y que las hicieron sus esclavas, por no llegar à ser víctimas suyas.

Desde la edad de siete años conoció Luis que le inclinaba su naturaleza à la cólera; y reprimió desde entonces sus asaltos con tanta perfeccion y eficacia, que solía decir despues, que habia sido este el tiempo de su conversion. De aquí vino aquella mortificacion de sentidos, y modestia Angelica, que le hicieron confesar, que despues de haber por espacio de algunos años saludado à la Emperatriz todos los dias, jamás levantó los ojos para mirarla. De aquí vino tambien à Estanislao aquel amor à la pureza, que la menor palabra indecente le desmayaba, y hacia que respetasen su presencia los libertinos. De aquí aquellas continuas y pasmosas penitencias, que hicieron decir à la madre de Gonzaga, que à lo menos en la Religion tendria un Superior que las moderase. Y en efecto, ¿à quién no pondria en susto su santidad, al

ver-

verle acostar en la tierra dura, ayunar tres veces à la semana, muchas de ellas à pan y agua, extenuarse en la falta del sueño, no acercarse al fuego en los mas crudos Inviernos, ni buscar en sus enfermedades habituales algun alivio, ni menos mirar como males todas las incomodidades, que no traían mas conseqüencia que sufrir? ¿A quién no enternecería ver al joven Estanislao no conceder à su cuerpo, con una complexion sumamente delicada, otro reposo sino el que no le podia negar sin pecado, condenarle al llanto, extenuarle con la abstinencia, cautivarle con el retiro, afligirle con la penitencia, domarle con el saco y el cilicio, separarle aun de los plácères mas inocentes, mantenerle en una servidumbre continua, y exercitarle dia y noche con las mas duras austeridades? Jamás estoy mas contento, decia Gonzaga, que quando me niego à mis pasiones; ni mas en paz, que quando les declaro y hago la guerra. Toda mi alegría es mezclar mis lágrimas con mi sangre. Por mí, decia Estanislao, yo les cedo à los mundanos todos los plácères que gozan; pero estas cadenas de que me sirvo para castigar mi cuerpo, yo confieso con el Apostol, que à nadie las cederé: *Exceptis his vinculis.*

Act. c. 62.
v. 29.

Ah, Señor! vengad la sangre de estos dos Santos inocentes: ¿los rigores de la penitencia han de ser solo para los Justos? ¿no los han de conocer los pecadores? ¿Quién os ha ofendido, ellos ò nosotros? Y si nosotros somos los cul-

L 2

pa-

pados, ¿por qué se han de castigar ellos por nosotros? O por lo menos, ¿por qué no nos castigamos nosotros como ellos? Vengadlos, ò Dios mio, y vengad el desprecio que hacemos de sus exemplos, pero vengadlos en nosotros, enseñandonos à formarnos segun la imagen de sus virtudes.

¿Temeis, oyentes míos, que se os haga insupportable la vida mortificando vuestras pasiones? ¿O es totalmente lo contrario, que el imperio de vuestras pasiones os la hace pesada y amarga? Sé muy bien, que las pasiones suelen servir para formar algunas veces los Heroes: sé, que la gracia sirve cada dia para formar los Santos; ¿pero no sirve asimismo, quando no se coopera para formar réprobos que no combaten? Las pasiones son como exhalaciones, que de nuestros cuerpos suben à nuestras almas; vapores, que se juntan como en una nube, se agítan, se encienden y rompen con la prontitud de relampagos, y con el estrago y trueno de rayos, causando no pocas veces los mas deplorables males: son monstruos à quienes solo agrada el desorden; tyranos, que nos atormentan sin cesar; arpías hambrientas y voraces, cuyo ansioso deseo es imposible satisfacer.

Buscad la prueba en vosotros mismos. Quiero que jamás hayais enojado vuestras pasiones: ¿se ven el dia de oy satisfechas? ¿Están sosegadas? ¿Estais interiormente mas contentos? Si es así, ¿por qué anhelaís por nuevos puestos? ¿Por qué buscáis nuevos placeres? ¿Por qué deseáis mas

y

y mas bienes de fortuna? Y si estais tan contentos de haver sacudido tantas veces vuestra tristeza, y de haber olvidado vuestra obligacion, ¿por qué nos venís à fastidiar tantas veces con la relacion de vuestras desgracias, y por qué nos fatigais con vuestras quejas y llantos? Si estais tan contentos de haber lisonjeado vuestros sentidos, ¿qué amargura secreta es esa que emponzoña vuestros pláceres? ¿Qué humor triste es ese en que os mirais sumergidos? ¿Y qué melancolía y angustia la que os embelesa y distrae, aun quando estais con la compañía mas gustosa y apetecible? Si estais ten gustosos de haber seguido vuestros deseos, ¿de dónde os vienen esos remordimientos abrasadores, que os turban por los desordenes de vuestra vida, y os amedrentan justamente con los temibles juicios de Dios? No, oyentes míos, no creais que se halla la paz de el alma en las delicias del cuerpo; y si quereis, no digo solamente perfeccionaros, sino ser felices como nuestros Santos, es preciso vivir como ellos. Ya habeis visto el ánimo generoso con que abrazaron el estado à que Dios los llamaba: aora vereis la fidelidad con que cumplieron las obligaciones de el estado que abrazaron; y es el segundo punto.

PARTE SEGUNDA.

NO hay estado alguno en esta vida, que no trayga consigo obligaciones que cumplir,

y